

Reflexiones en Montealbán

Fernando Corral

(Taller de redacción. Casa del Lago)

Llegué a Oaxaca al amanecer. Olía a campo y tierra mojada. Me acordé de cuando era niño y regaba las macetas del patio cargadas de geranios; el aire tibio y suave de la tarde, se arrastraba por el pasillo y entraba a todos los cuartos. Mi perro y yo nos quedábamos sentados en las escaleras, esperando a que el sol se fuera. Con sus grandes ojos negros, el "Charro" me miraba casi sin pestañear. Ahí estábamos los dos. Solos. Esperando el olor a chocolate y pan caliente, y el "Charro" se relamía porque sabía que al rato, cuando el sol se fuera, la abuela se levantaría y comeríamos pan de huevo remojado en chocolate espeso, humeante y sabroso. Así, día tras día, en la casa grande donde vivía la abuela encerrada en cuartos vacíos con olor a cera, mi perro y yo vivíamos juntos y solos, desde que mi padre nos abandonó, y mi madre se fue poniendo flaca y pálida; hasta que se murió rezándole a la Virgen.

Cuando me fui a estudiar a México la abuela lloró. No creía que aún tuviera lágrimas, estaba tan vieja; fue la primera vez que sentí que me quería. Nunca me decía nada, nunca me hablaba; me dejaba solo con mi "Charro" en el patio regando los geranios. Cuando en la secundaria me dieron la beca para seguir estudiando, no fue a la fiesta. Siempre estaba encerrada en su cuarto, cambiándole veladoras al Sagrado Corazón puesto sobre la cómoda vieja, con los retratos del abuelo y de mi madre a los lados. Todas las noches rezaba y lloraba hasta quedarse dormida, e, igual que mi madre, se fue secando en silencio y poco a poco.

Al año de estar estudiando en México, me habló por teléfono la tía "Chabela". Me dijo que la abuela estaba muy enferma, que agarrara el primer autobús y me regresara luego porque ella la veía muy mal. En aquel entonces vivía con Sara en un cuarto en la calle de Tacuba. Ella era de Chiapas y se había salido hacía dos años de su casa, para venirse a estudiar pintura a México. El primer día que la vi en "La esmeralda" me gustó tanto que le dije que quería pintarla; quedamos en que me cobraría cinco pesos la hora y cuando llegó al cuarto, abrí la ventana y el sol de la tarde iluminó su piel morena. Se me saltaron las venas y la mano me temblaba, cuando agarré el carbón para dibujar su silueta desnuda.

Fue una tarde larga. A la luz del crepúsculo puse café a calentar; Sara se vistió y encendió un cigarro. Me platicó que su padre no quería que siguiera estudiando. Ella tenía unos centavos ahorrados y una amiga en México. Tomó el camión y doce horas después, llegó a la capital; se fue a la casa de su amiga por Garibaldi, y vivió con ella hasta que el amante de Rosa una noche que llegó borracho, se metió a su cuarto y a la fuerza la violó. Rosa trabajaba de fotógrafo en el "México Lindo", y al llegar encontró a Sara llorando y haciendo su maleta. Al ver a Julio dormido en la cama, corrió a Sara gritándole que era una

puta infeliz, sin oír explicaciones y despertando a todo el vecindario.

Aquella noche, Sara se quiso regresar a Comitán, pero no le alcanzaba para el pasaje. Vagó por toda la ciudad y al día siguiente en la escuela, le platicó a Berta todo lo que le había pasado. Ella la convenció de que se quedara, si se regresaba ahora no volvería a salir de allí, y para un espíritu libre y sensible como el de ella eso sería peor que estar muerta. Le ofreció por unos días, mientras encontraba trabajo, su departamento donde vivían ella e Ingrid. Berta era lesbiana y Sara lo sabía, pero era la única salida y aceptó.

Durante seis meses vivió con ellas. Al principio se espantaba y le daba asco verlas besarse, pero después se acostumbró. En las noches se encerraba con llave en su cuarto. A veces se despertaba sobresaltada al menor ruido, pero poco a poco comprendió que Berta e Ingrid se amaban, y por extrañamiento que esto fuera para ella, me contó que las llegó a querer como si fueran sus hermanas.

Se hizo de noche y nos acabamos el café y los cigarros. Acompañé a Sara a la casa de huéspedes donde vivía, cerca de la escuela. En el camino me platicó que Ingrid la había presentado con un fotógrafo profesional y que desde entonces se alquilaba de modelo, ganando lo suficiente para vivir. Cuando saqué el dinero para pagarle, me dijo que ahora no lo necesitaba, que mejor se lo guardara y cuando terminara el cuadro, si lo vendía, le pagaría.

Esa noche no pude dormir. Me acabé una caja de cigarros; sentía algo muy extraño dentro de mí, la tela donde había plasmado el boceto de Sara me hipnotizaba, no podía quitarle los ojos de encima. Le hablaba. Le decía lo bella que era. Recordaba su perfume, su pelo negro y lacio sobre sus hombros redondos, sus pechos, como dos botones abiertos a la vida, invitándome a probar su miel. Sus ojos negros y rasgados con un brillo que ilumina; su boca fresca y roja, carnosita y pequeña. Me habían hablado del amor, pero nunca lo había sentido. Quería cantar, reír, gritar y a ratos hasta llorar. Cuando el amanecer entró por la ventana, el boceto cobró vida, era ella que entraba a darme los buenos días.

Regresó esa tarde y se entregó a mí con una dulzura tal, que me hizo sentirme hombre por primera vez. Sus besos tibios y callados me llevaron a nuevas dimensiones, haciéndome descubrir mundos hasta entonces desconocidos. Lo último que recuerdo fue su mano fresca acariciándome la frente sudorosa, cuando hombro con hombro, exhaustos, nos miramos hasta quedarnos dormidos. El sol nos despertó. Brillaba como nunca; como nunca antes lo había visto brillar.

Amé a Sara como a nadie he amado. Juntos llegamos a Oaxaca el día que habló la tía "Chabela". La abuela había muerto hacía unas horas. Le enseñé a Sara el pedazo de tierra en el patio de atrás, donde el "Charro" dormía. Regamos los geranios y nos quedamos sentados en las escaleras del pasillo esperando a que se fuera el sol; la abuela ya no se levantaría a prepararnos el chocolate espumoso. Me sentía triste, y aunque aquel cuerpo marchito y arrugado que entre cuatro velas estaba en la sala de la casa grande, era el de casi una desconocida para mí; el olor a cera y los rosarios me enchinaron el cuerpo. Sara me tomó de la mano, en silencio. La fuente lloraba y yo tenía un nudo en la garganta.

Enterramos a la abuela junto al abuelo y junto a mi madre. Ahí sí lloré. Sara me abrazó y descansó su cabeza en mi hombro, mientras yo lloraba a mis muertos.

Vendí todo y nos regresamos a México. La última tarde en Oaxaca fuimos a Montealbán; nos sentamos donde ahora estoy sentado, nos embriagamos con el paisaje maravilloso. Al frente las ruinas, de piedra amarilla, blanca, rosa, en parte verde y a veces negra. Alrededor el valle, desde el verde vivo hasta el verde muerto, a trechos casi azul y en pedazos color paja, color espiga de maíz maduro. Más allá la sierra de un azul tan puro y transparente como turquesa cristalina encima de nosotros. Al otro lado Oaxaca, las luces empezaban a encenderse; el cielo se hizo rojo, y la ciudad parecía un mosaico multicolor empalmado a las faldas de la montaña, como una niña acurrucada en los brazos de su madre.

Amé la vida como la amo ahora.

La vida que latía en el vientre de Sara; mi hijo. Dios, cuánto te maldije cuando te la

llevaste. Creí volverme loco. La sonrisa con que entró al quirófano del hospital para tener a nuestro hijo; cuando el doctor me dijo que había hecho hasta lo imposible por salvarla. . . Aborrecí la hora en que la embaracé; me sentí asesino. Lloré hasta quedarme afónico.

Empezaba a nublárseme la vista, cuando una mano pequeña y morena me tocó el hombro.

“Papá ya vámonos, ya me aburrí.”

“Dame la mano Pablo.”

Y juntos bajamos el cerro.

